

Capítulo 3

Muertos, fieles y tibios

Apocalipsis 3

Mientras avanzaba lentamente por el sendero alpino estrecho y sinuoso en el norte de Italia, la majestuosidad de las montañas, el aire montañoso fresco y puro, los campos llenos de flores y los arroyos cristalinos y caudalosos vigorizaron mi espíritu. Hice una pausa para contemplar las impresionantes vistas, y mi mente retrocedió a lo largo de los siglos. Casi seiscientos años antes, un grupo de peregrinos compuesto por hombres, mujeres y niños cansados, helados hasta los huesos y hambrientos, huía apresuradamente de sus opresores medievales por este mismo camino.

La historia llama Edad Oscura a este período. El siglo XIII no fue amigable con quienes se oponían conscientemente a los puntos de vista de la iglesia popular. Fueron oprimidos, perseguidos y masacrados en nombre de la religión. Encontraron refugio en estos prados de montaña, grietas rocosas y cuevas oscuras. Me sentí atraído por la experiencia de personas piadosas de tan firme convicción. Frente a obstáculos insuperables, tenían una fe que desafiaba la muerte. Se mantuvieron firmes en lo que creían y estuvieron dispuestos a sacrificar su propia vida por ello.

Estas personas tenían algo que el siglo XXI necesita con desesperación: un propósito por el cual vivir. El renombrado psicólogo estadounidense Philip Cushman, en su artículo “Why the Self Is Empty” [Por qué el yo está vacío], analiza a la gente que lleva una vida sin propósito en una sociedad individualista, occidental, próspera y egocéntrica. Escribe acerca de aquellos

que han “construido un yo que es, fundamentalmente, una frustración para ellos mismos”.⁵ Sus creencias son superficiales. Es poco lo que realmente les importa. No tienen nada por lo que valga la pena morir y, por esta razón, tampoco tienen algo por lo que valga la pena vivir. La fuerza que los impulsa es una necesidad inmediata de gratificación propia, que finalmente los deja vacíos e insatisfechos.⁶

Pero los hombres, las mujeres y los niños en cuyas huellas estaba caminando por este sendero empinado y rocoso eran dramáticamente diferentes. Tenían un propósito permanente por el que valía la pena vivir. Sus creencias tenían importancia para ellos, y no estaban dispuestos a comprometer su integridad. Sus creencias centrales eran parte de su ADN espiritual. Negar estas creencias era negar su identidad. Frente a la muerte misma, tenían paz interior. La suya era una profunda serenidad de alma que es inexistente en nuestro mundo de ostentación, *glamour* y autogratificación inmediata del siglo XXI. Vivían con la certeza de que su vida estaba en las manos de Dios y de que él es lo suficientemente grande como para encargarse de cualquier problema que pudieran enfrentar. En nuestro último capítulo, descubrimos que había un “remanente” fiel incluso en Tiatira, la iglesia de la Edad Media, o Edad Oscura. En cada generación, Dios ha tenido un remanente fiel de verdaderos creyentes que han estado comprometidos con su voluntad y fueron obedientes a su Palabra.

El capítulo 3 de Apocalipsis continúa los mensajes de Jesús a las siete iglesias, específicamente a las tres últimas: Sardis, Filadelfia y Laodicea. Recuerda: Estos son los mensajes de Jesús a las iglesias, no los de Juan. Jesús aparece caminando entre los candelabros de oro que representan a las iglesias (Apoc. 1:12, 13, 20). Él está estrechamente relacionado con su iglesia en la

Tierra. Él no es un terrateniente ausente con poca preocupación por su iglesia y poco cuidado por su pueblo en medio de sus pruebas, tribulaciones y desafíos. La saga de las siete iglesias de Apocalipsis coloca a Cristo en medio de su pueblo. Él está con ellos en medio de las pruebas de la vida, fortaleciéndolos, animándolos y apoyándolos. Incluso en Sardis, él está allí para animar a su pueblo a ser “vigilante, y reanima lo que queda y está por morir”.

Sardis: la iglesia muerta (entre siglos XV y fines de XVIII)

A la iglesia de Sardis, Jesús le dice: “Conozco tus obras, que tienes nombre de que vives pero estás muerto. Sé vigilante, y reanima lo que queda y está por morir; porque no hallé tus obras perfectas ante Dios.” (Apoc. 3:1, 2).

Sardis es la “iglesia muerta”. Pretende estar viva, pero en gran medida está muerta. Se ha convertido en una institución y existe principalmente para mantener su poder y su autoridad. Tiene un nombre, una reputación, de estar viva espiritualmente, pero Jesús ve a Sardis como realmente es. No hay evidencias en esta carta de que la iglesia de Sardis estuviera experimentando persecución, herejía o alguna amenaza significativa. Sardis estaba en paz, pero era la paz de los muertos.

En los días de los apóstoles, cuando la fe cristiana era nueva, el mensaje evangélico daba vitalidad e impulso a la misión de la iglesia. Los creyentes estaban enamorados de su Señor. Poseían una fe viva que los llevó a compartir las buenas nuevas con sus vecinos y sus amigos. La iglesia creció rápidamente. Pero a lo largo de los siglos, como hemos visto, la iglesia comenzó a hacer concesiones al mundo para ser aceptada y ganar popularidad. Permitió que se filtraran falsas doctrinas. Sustituyó la adoración

genuina por el ritual y las prácticas paganas. Se volvió autocomplaciente, perezosa y débil hasta que estuvo en su lecho de muerte espiritual, aunque fuera rica y poderosa.

Sardis representa la iglesia cristiana hacia fines de la época medieval. El evangelio había sido tan distorsionado y cambiado que era difícil encontrar una fe viva. Durante este período surgió la Reforma protestante como reacción a una iglesia que tenía el nombre de estar viva pero que se encontraba espiritualmente muerta. Jesús dice: “Sé vigilante, y reanima lo que queda y está por morir” (vers. 2).

Aunque quedaba poca vida espiritual en la iglesia de Sardis, había quienes todavía estaban comprometidos con Cristo y eran fieles a su palabra. “Con todo, tienes unas pocas personas en Sardis que no han manchado su ropa, y andarán conmigo vestidas de blanco, porque son dignas” (vers. 4).

En los siglos anteriores, los valdenses, Juan Huss y Jerónimo, y más tarde Ulrico Zwinglio, se mantuvieron firmes en la verdad bíblica a riesgo de su propia vida. A ellos se unieron y siguieron hombres como Martín Lutero, Juan Calvino, Felipe Melanchthon y Juan Knox. Estos hombres de Dios se surgieron en varios lugares para soplar sobre las brasas agonizantes de aquellas doctrinas que permanecían pero que estaban “por morir”. Comenzaron a insuflar vida a la iglesia nuevamente. La iglesia todavía estaba en tinieblas espirituales, al borde de la muerte, pero Jesús dice: “Te devolveré la vida y haré brillar la luz de la verdad en el mundo nuevamente. Sé vigilante y fortalece lo que queda”.

Quizá nuestra propia fe se esté desvaneciendo, tal como sucedió en la iglesia cristiana a lo largo de los siglos. Alguna concesión por aquí, algo de negligencia por allá, y vemos que nuestra conexión con Dios se debilita cada vez más. Cuando la fe se está

desvaneciendo en tu vida, Dios te pide que permanezcas atento y fortalezcas lo que queda.

Jesús continúa: “Acuérdate de lo que has recibido y oído. Guárdalo y arrepíentete [...]. El que venza será vestido de ropa blanca. No borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre ante mi Padre y ante sus ángeles” (vers. 3–5).

En otras palabras, Sardis necesita arrepentirse volviendo a Dios y restaurando el evangelio y la doctrina apostólica. Necesita hacer que la Biblia tenga autoridad en la vida de sus miembros. Necesita volver a la Palabra de Dios. La Iglesia Medieval confiaba en la tradición humana; la Reforma protestante se centró en la Biblia. Con la Palabra viva, los reformadores se opusieron a las enseñanzas muertas de una iglesia muerta. Cuando la iglesia establecida llevó a Martín Lutero a dar cuenta de sus enseñanzas, las defendió con las Escrituras. “Aquí estoy”, declaró. “No puedo proceder de otra manera”.

En los últimos días, Jesús nos pide que nos mantengamos firmemente aferrados a la Palabra de Dios, cuando todo lo demás se derrumba a nuestro alrededor. En aquel tiempo, dice el apóstol Pablo, muchos tendrán apariencia de piedad, pero negarán su eficacia (2 Tim. 3:5). Jesús nos insta a no tener una mera “apariencia de piedad”, sino una fe viva tal —una relación con él, un amor por él— que nada pueda hacerla temblar. No hay sustituto para el tiempo que pasamos en su presencia para desarrollar esta relación con él. Quedamos embelesados por su presencia, asombrados por su gracia y abrumados por su amor abnegado en la Cruz. A los que vencen, se les colocarán vestiduras blancas de la justicia de Jesús. Si somos fieles, nuestros nombres estarán escritos en el libro de la vida del Cordero. ¡Y Jesús se levantará en el Cielo en el Juicio ante el

Padre y los ángeles, y confesará nuestro nombre como sus fieles seguidores!

Filadelfia: la iglesia fiel (1790 a 1840)

Filadelfia significa “amor fraternal”. Filadelfia era la iglesia cuyos miembros se amaban unos a otros. A esta iglesia, Jesús le dice:

“Escribe al ángel de la iglesia de Filadelfia: ‘Esto dice el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David, el que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre: ‘Conozco tus obras. He abierto ante ti una puerta que nadie puede cerrar; porque, aunque tienes poca fuerza, has guardado mi palabra y no has negado mi nombre. [...] Por cuanto guardaste la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré de la hora de prueba que vendrá en todo el mundo para probar a los que habitan en la tierra. Yo vengo pronto; retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona’ ” (Apoc. 3:7-11).

Jesús se identifica como aquel que tiene la llave de David. Dice que ha puesto una puerta abierta delante de la iglesia de Filadelfia. Nadie puede cerrar la puerta que él ha abierto, y nadie puede abrir la puerta que él ha cerrado. ¿De qué está hablando Jesús? La fraseología de esta declaración proviene de Isaías 22:22.

Algunos han visto esta “puerta abierta” como una referencia a la puerta de la salvación, y la “llave de David” como el evangelio, la llave para la vida eterna. Durante la Edad Media, la

iglesia medieval afirmaba tener la llave de la salvación por medio de sus sacerdotes, que podían perdonar los pecados. Este fue el principal tema de disputa entre la iglesia establecida y los reformadores protestantes. Durante la época de la iglesia de Filadelfia, muchos proclamaban y aceptaban con gozo las buenas nuevas de la salvación por medio de Jesús. Se había abierto una puerta que había estado cerrada durante siglos. Hombres y mujeres podían pasar y llegar directamente a Jesús como su Salvador, sin tener que pasar por la mediación de un sacerdote humano. La puerta de la salvación se había abierto y nadie podía cerrarla.

Esta puerta abierta también podría referirse a una puerta de oportunidad. Durante los largos siglos de oscuridad espiritual, la iglesia medieval ejerció el poder religioso. Las personas tenían pocas oportunidades de estudiar la Biblia. Tenían pocas oportunidades de crecer espiritualmente más allá de las tradiciones y los rituales prescritos por la iglesia. Entonces, Dios comenzó a abrir una puerta de oportunidad. Alrededor del año 1200, los valdenses comenzaron a copiar las Escrituras a mano y a distribuir las en secreto, como podían. Alrededor del año 1300, aparecen algunas personas como Juan Huss, que fueron los precursores de los reformadores. Su lema era la obediencia a Dios, no a la iglesia. Juan Gutenberg inventó la imprenta y, en 1456, la Biblia estuvo entre los primeros libros que se imprimieron. Las Escrituras estuvieron disponibles como nunca antes. Lutero predicó la salvación por gracia mediante la fe sola, y renunció a las penitencias, que la iglesia vendía como medio de perdón. Grandes predicadores como Juan Wesley y Jorge Whitefield predicaron a miles al aire libre. Desde el siglo XV hasta el XIX, Dios preparó al mundo para una revelación final de la plenitud de su verdad mediante hombres y mujeres que estaban totalmente comprometidos con Cristo y que defendían

su Palabra sin miedo. Para el siglo XIX, las sociedades misioneras enviaban misioneros por todo el mundo en cumplimiento de las palabras de Cristo en Mateo 24:14: “Y este evangelio del reino será predicado en todo el mundo, por testimonio a todas las naciones, y entonces vendrá el fin”. Los misioneros eran enviados a los rincones más remotos de la Tierra, a predicar el evangelio. Surgieron sociedades bíblicas, dedicadas a traducir y distribuir la Palabra de Dios. Entonces, Dios levantó el gran movimiento adventista, que se centró en su pronto regreso. Todo esto sucedió durante el tiempo de la iglesia de Filadelfia.

Se abrió una puerta que nadie pudo cerrar. Dios está diciendo que, incluso en períodos de oscuridad espiritual, él abrirá una puerta al Cielo para que su verdad pueda ser proclamada, y nada ni nadie podrá cerrarla. Como predice el profeta Habacuc en el Antiguo Testamento: “Pero la tierra se llenará del conocimiento de la gloria del Señor, como el agua cubre el mar” (Hab. 2:14). Apocalipsis 18 agrega: “Después de eso vi a otro ángel descender del cielo con gran poder, y la tierra fue iluminada con su gloria” (vers. 1). Cristo triunfará al fin. Su causa será victoriosa. Su iglesia se elevará a su destino, y su pueblo proclamará el evangelio hasta los confines de la Tierra.

Pero existe otra forma de ver la “puerta abierta” que Jesús afirma haber colocado ante la iglesia de Filadelfia. Cuando lleguemos al siguiente capítulo de Apocalipsis, el capítulo 4, analizaremos que Juan mira a través de una “puerta abierta” hacia la sala del Trono del Cielo. Lo que ve a través de esa puerta es muy parecido al juicio en el cielo que Daniel describe en el capítulo 7 de su libro. También vimos, al estudiar el libro de Daniel, que el período de 2.300 días (años) allí predicho terminó en 1844. En ese momento, el Santuario debía ser purificado, lo que representa el Día de la Expiación, el Día del Juicio.

En 1844, se abrió la puerta del Santuario celestial. Se abrió la puerta del Lugar Santísimo y comenzó el Juicio. Jesús abrió esa puerta, y nadie puede cerrarla. Cuando se complete el Juicio, Jesús cerrará esa puerta y nadie podrá abrirla. El destino eterno de cada persona estará decidido. El Juicio ha terminado y Jesús regresará, como lo ha prometido.

Jesús concluye su carta a la iglesia de Filadelfia con estas palabras: “Al que venza lo haré columna en el santuario de mi Dios, y nunca más saldrá fuera. Escribiré sobre él el nombre de mi Dios, y el nombre de la ciudad de mi Dios –la nueva Jerusalén, que descende del cielo enviada por mi Dios– y mi nuevo nombre” (Apoc. 3:12).

La antigua ciudad de Filadelfia era conocida por sus terremotos. A menudo, durante un terremoto, los habitantes de esa ciudad tenían que huir de su hogar. El miedo a estos desastres naturales generaba incertidumbre. La promesa de Jesús a la iglesia de Filadelfia, y a ti y a mí, es que todo temor ha desaparecido. En Cristo hay seguridad, y un día, en ese Templo celestial, encontraremos nuestro hogar permanente, donde la enfermedad, el sufrimiento y las penas de la vida terminarán para siempre. El enfoque está en el Santuario en el cielo y en la Nueva Jerusalén, donde el pueblo de Dios pasará la Eternidad con él. El que venciere estará seguro para siempre; no saldrá más.

Laodicea: La iglesia tibia (1840 hasta la segunda venida de Jesús)

Es interesante que, de las siete iglesias, Jesús encuentra algo para alabar en cada una, excepto de dos. No tiene palabras de elogio para Sardis ni para Laodicea. Laodicea es la iglesia “tibia”. De hecho, mucha gente cree que *Laodicea* significa “tibio”. Pero

eso no es así. *Laodicea* significa “un pueblo es juzgado” o “juicio del pueblo”. *Laodicea* es la última iglesia de las siete. Es la iglesia de la hora del Juicio, la iglesia de Dios de los últimos días justo antes del regreso de Jesús. Dado que *Laodicea* es la última de las siete iglesias, obviamente tiene un significado para la última generación de cristianos. ¡Lo que Jesús le dice a la iglesia de *Laodicea* nos lo está diciendo a nosotros!

“Así dice el Amén, el Testigo Fiel y Verdadero, el origen de la creación de Dios: ‘Conozco tus obras, que no eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Porque eres tibio, ni frío ni caliente, estoy por vomitarte de mi boca. Tú dices: “Yo soy rico, estoy enriquecido, y nada necesito”. Y no conoces que eres un cuitado y miserable, pobre, ciego y desnudo. Por tanto, te aconsejo que compres de mí oro afinado en fuego, para que seas rico; vestimentas blancas, para cubrir la vergüenza de tu desnudez; y colirio, para ungir tus ojos y que puedas ver’ ” (vers. 14–19).

Jesús se identifica ante *Laodicea* como “el Testigo Fiel y Verdadero”. Él va a pintar un cuadro poco favorecedor de esta iglesia y su condición espiritual. Los miembros de la iglesia de *Laodicea* pueden no querer aceptar su mensaje; pueden estar en desacuerdo con la evaluación que hace de ellos. Pero él es el “Testigo Fiel”. Quizá no les guste, pero lo que él dice acerca de ellos es verdad.

No siempre nos gusta escuchar lo que Jesús nos dice acerca de nuestra condición espiritual. A veces queremos aplicar sus palabras a todos los demás, menos a nosotros mismos. El pastor

predica la Palabra de Dios sobre el pecado, y nosotros estamos pensando: *Eso seguro se aplica al hermano X*. Dios quiere que entendamos que él es el “Testigo fiel”. Él nos dice la verdad sobre nosotros mismos, nos guste o no. También nos dice la verdad acerca de Dios. Este es el aspecto más importante de la expresión “el Testigo Fiel y Verdadero”. Jesús es testigo del amor, la misericordia, la gracia y el poder del Padre. Él revela a los miembros de la tibia Laodicea, la iglesia de la hora del Juicio, que todavía se preocupa por ellos y anhela que experimenten la nueva vida que tiene para ofrecer.

Jesús también afirma que él es “el origen de la creación de Dios”. Eso no suena muy bien. ¿No es Jesús eterno como lo es Dios Padre? ¿No ha existido siempre? ¿Está diciendo aquí que él es el primer Ser que el Padre creó?

Para nada. La palabra griega traducida en este versículo como “principio” es *αρχη*, que significa “iniciador”, o “primera causa”. Juan dice: “Todas las cosas fueron hechas por él. Nada de cuanto existe fue hecho sin él” (Juan 1:3). Jesús es aquel por medio de quien Dios creó. Jesús les está diciendo a los laodicenses: “El que les habla y les señala sus pecados es el Creador. Puedo recrear su corazón”.

El mensaje a los laodicenses es un mensaje lleno de aliento. Es un mensaje de consuelo también para nuestro corazón. El Creador todopoderoso, aquel que creó el Cielo y la Tierra, anhela volver a recrear nuestro corazón. Él anhela transformarnos a su imagen. Si se lo permitimos, él transformará nuestra vida y romperá nuestra tibia complacencia para darnos la vida abundante que él ofrece gratuitamente.

Laodicea estaba ubicada a unos diez kilómetros al otro lado del valle del pueblo de Hierápolis. Hierápolis estaba en una meseta

elevada, con aguas termales naturales que brotaban del suelo. El agua se conducía a través del valle hasta Laodicea mediante una serie de ingeniosos acueductos romanos y tuberías de cerámica. Para cuando llegaba a Laodicea, ya no estaba tan caliente. Estaba tibia. ¡Laodicea tenía agua tibia!

Espiritualmente, Laodicea tampoco era fría ni caliente. Era una iglesia nauseabunda y tibia. Jesús dice que desearía que fueran calientes o fríos; cualquiera de los dos es preferible a ser tibios. Un vaso de agua fría en un día caluroso es refrescante, y beber infusiones en una taza de agua caliente puede ser relajante. El agua tibia denota una complacencia espiritual, una actitud descuidada hacia las cosas de la Eternidad y una falta de fervor espiritual.

Laodicea era una ciudad de unos ciento cincuenta mil habitantes cuando Juan estaba escribiendo el Apocalipsis. Era un centro financiero y un lugar de extrema riqueza. En el año 61 d.C., un terremoto destruyó Laodicea. El gobierno romano ofreció ayuda financiera para reconstruir la ciudad, pero los laodicenses respondieron: “No necesitamos su ayuda. Tenemos suficiente dinero para reconstruir nuestra ciudad por nuestra cuenta”. El historiador romano Tácito escribió: “Laodicea se levantó de sus ruinas por la fuerza de sus propios recursos y sin nuestra ayuda (Roma)”.⁷ Laodicea era rica y orgullosa. No necesitaba ayuda de nadie. Esta iglesia complaciente y materialista se consideraba rica y sin necesidad de nada.

Sin embargo, ¿qué dice el “Testigo Fiel” de Laodicea? “Eres un cuitado y miserable, pobre, ciego y desnudo” (Apoc. 3:17).

Los laodicenses decían ser ricos espiritualmente. Pero Jesús les aconsejó: “Por tanto, te aconsejo que compres de mí oro afinado en fuego, para que seas rico” (vers. 18). ¿Cuál es el oro que Jesús

nos aconseja “comprar” de él? El apóstol Pedro escribe sobre nuestra “fe, mucho más preciosa que el oro [...] refinado en fuego” (1 Ped. 1:7). Jesús nos está diciendo que necesitamos una fe que resista las pruebas de fuego de los últimos días. El mensaje de Laodicea nos dice que desarrollemos, en los días previos a la venida de Jesús, la fe y la fuerza espiritual de carácter que nos llevará al Reino.

Laodicea también era conocida por su industria de la confección de ropa. Era un centro de la moda, así como una potencia financiera. Allí se encontraba un tipo de lana que procedía de ovejas negras especialmente criadas. Era extremadamente fina y brillante, y los laodicenses la convertían en hermosas prendas que eran buscadas como el último grito de la moda. Por supuesto, eran muy caras. Si realmente querías llamar la atención, usabas una de estas caras prendas negras hechas con esta lana especial.

Jesús le dice a la iglesia de Laodicea: “¿Creen que están vestidos a la última moda? Estás desnudos espiritualmente, y no se dan cuenta”. ¿Su consejo? “Te aconsejo que compres de mí [...] vestimentas blancas, para cubrir la vergüenza de tu desnudez” (Apoc. 3:18).

Las vestimentas blancas son un símbolo del manto inmaculado de justicia de Jesús, que ofrece gratuitamente a todos los que se allegan a él confesando sus pecados y aceptándolo como su Salvador (Isa. 61:10). El profeta Isaías declara: “Todos somos como suciedad, todos nuestros actos de justicia como trapo inmundo” (Isa. 64:6). Sin Cristo, incluso nuestras buenas acciones son impulsadas por motivos egoístas. Laodicea tenía una conformidad externa, sin una conversión del corazón. Al ir a Cristo, nuestra gloria es lanzada al polvo y dependemos total, absoluta y completamente de él. Él es nuestra Justicia. Él es

nuestro Salvador sin pecado. Él es quien cargó con la culpa, la vergüenza y la condenación del pecado por nosotros. Él es nuestro Señor perdonador, nuestro Sumo Sacerdote todopoderoso y nuestro Rey venidero. Nuestra salvación está en él.

Laodicea también era conocida como un centro médico. Era conocida por desarrollar un unguento para los ojos para tratar la inflamación y los problemas oculares. La iglesia de Laodicea pensó que se veía a sí misma con claridad, y estaba complacida con lo que veía. Pero Jesús dice: “Estás ciego. No puedes ver nada. Necesitas comprarme el colirio que curará tu ceguera espiritual. Este colirio te dará una clara visión espiritual para verte a ti mismo como realmente eres”.

¿Quieres verte como realmente eres, espiritualmente hablando? Quizá no sea una visión agradable. Sería más agradable seguir pensando que eres rico y que no necesitas nada. El colirio representa la obra del Espíritu Santo, que nos convence de pecado y nos muestra como verdaderamente somos. Él nos convence de la realidad “de pecado, de justicia y de juicio” en nuestra vida (Juan 16:8). El Espíritu revela nuestro pecado. Él nos señala la justicia de Jesús, que puede cubrir nuestros pecados. Y nos asegura que, si estamos cubiertos por la justicia de Jesús, no debemos temer el Juicio. Laodicea es la iglesia que él reprende más severamente. Sin embargo, es también la iglesia a la que él hace su promesa más amorosa e íntima: “Yo estoy a la puerta y llamo. Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a su casa, y cenaré con él, y él conmigo. Al que venza le daré que se siente conmigo en mi trono; así como yo he vencido y me he sentado con mi Padre en su trono” (Apoc. 3:20, 21).

Nos sentamos a comer con nuestra familia. Invitamos a nuestros amigos más íntimos a comer. Las comidas son momentos de

íntima comunión. Hablamos de cosas importantes para nosotros mientras comemos. Compartimos experiencias significativas entre nosotros. Jesús dice que le gustaría tener comunión con nosotros al sentarse y comer juntos. Este pasaje dice que él quiere tener esta interacción cercana con nosotros, hablarnos y compartir con nosotros para que podamos conocerlo mejor.

Laodicea es la última iglesia antes de la venida de Jesús. Él quiere que lo conozcamos como un Amigo cercano para que, cuando él venga, podamos sentarnos juntos en la cena de las bodas del Cordero (Apoc. 19).

Él dice que nos sentaremos con él en su Trono. Esa es la posición que la madre de Santiago y Juan vino a pedir a Jesús que concediera a sus hijos (Mat. 20:20-22). Pero ese privilegio está reservado, no para los que lo piden, sino para los que vencen (Apoc. 3:21). Ahora es el momento de prepararse para sentarse y comer con Jesús. Ahora es el momento de prepararse para sentarse con él en su Trono. Lo hacemos al aceptar el oro, las vestiduras blancas y el colirio que él nos ofrece para que ya no seamos pobres espiritualmente, desnudos y ciegos. Iluminados por el Espíritu Santo, nos vemos a nosotros mismos como realmente somos, y somos impulsados a buscar a Jesús con todo nuestro corazón. Entramos en una experiencia cada vez más profunda de fe viva con él. Y confiamos completamente en él, tanto para el perdón de la culpa del pecado como para el poder sobre las garras del pecado.

Las últimas tres iglesias resumidas

Las últimas tres de las siete iglesias representan los períodos de la historia de la iglesia desde el siglo XVI hasta el final de los tiempos y la venida de Jesús. Los podemos esquematizar de la siguiente manera:

- *Sardis: la iglesia muerta (1500–1790)*. Sardis afirma estar viva, pero en su gran parte está muerta. La iglesia se ha institucionalizado y se ha precipitado en sus tradiciones. Existe principalmente para mantener su autoridad y su poder. Resiste los esfuerzos por dar nueva vida a esas pocas doctrinas que todavía apenas sobreviven. El mensaje a Sardis es directo. Debemos tener una fe viva hoy. Debemos pasar tiempo con Cristo en su Palabra para que podamos defender la verdad de Dios cuando el mundo que nos rodea está lleno de confusión y compromete sus ideales.
- *Filadelfia: la iglesia fiel (de 1790 a 1840)*. Filadelfia es la iglesia que pasó por la puerta abierta de la oportunidad que el Señor le puso delante. Tuvo un enfoque renovado en la Biblia y en la evangelización. Las buenas nuevas de salvación llegaron con celo a las regiones más remotas del mundo. El Juicio comenzó en el Cielo en preparación para el regreso de Jesús. Surgió el movimiento adventista, que enfatiza el regreso de Jesús. Debemos continuar con ese énfasis, mientras esperamos la Segunda Venida, y depender de Jesús para que nos defienda en el Juicio.
- *Laodicea: la iglesia tibia (1840 hasta la segunda venida de Jesús)*. La iglesia de Laodicea es complaciente, satisfecha con sus logros y ha comprometido sus principios. Cree que no necesita nada. Es completamente incapaz de entender su verdadera condición. Laodicea es la iglesia de la última generación antes del regreso de Jesús. El mensaje de Jesús a Laodicea nos llama a desarrollar, en los días previos a la venida de Jesús, fe y fortaleza espiritual de carácter que nos llevará al Reino.

Los mensajes a las siete iglesias hacen eco de sus verdades a cada generación. Hablan de fe, coraje, compromiso y obediencia a Dios. Nos llaman a dejar de comprometer nuestros principios y

a abandonar una fe meramente nominal. Hablan de un pueblo que es “vencedor” y que vivirá con Cristo a lo largo de las edades incesantes de la Eternidad.

5 Philip Cushman, “Why the Self Is Empty: Toward a Historically Situated Psychology”, *American Psychologist* 45, Nº 5 (mayo de 1990), p. 608.

6 *Ibíd.*, pp. 599-611.

7 Tácito, *Anales* XIV, 27.